

Era una diosa del Olimpo griego
que, arrojada del templo de los dioses,
mezclaba, con lo humilde de su ruego,
el tono imperativo de sus voces!

Mi mano le tendí... su tibio aliento
rozó mi cutis como beso blando...
—Perdón—me dijo,—con humilde acento...
y la estreché en mis brazos exclamando:

«—Tu tierno ruego mi vigor quebranta
¡oh, nueva Magdalena arrepentida!
Pues tu alma todavía es pura y santa,
á la vez que el perdón, te doy la vida!»

CUERDAS ROTAS

En el alegre festín
todos olvidan su afán;
mas no cantará don Juan
en su dulce bandolín
los amores de un galán.

Voluptuoso fuego inflama
el pecho de las hermosas;
mas él no escucha á su dama
que, amorosa, le reclama
para ceñirlo de rosas!

De su canto el embeleso
la encendida mente arropa;
mas, don Juan no tendrá el beso
que, en voluptuoso exceso,
fuera premio de su trova.

¿Qué le importa el galardón
y de su dama el cariño,
si perdió su corazón
las flores de la ilusión
con que jugó cuando niño.

¡Si ya no puede la calma
ni el descanso recobrar,
ni le es posible cantar
esas canciones del alma
que nacen en el hogar!

Dejad que sufra hasta el fin
sus amarguras, don Juan;
que, en el alegre festín,
rotas las cuerdas están
de su dulce bandolín.

ÁLBUM

Entre copihues y entre claveles
te dieron cuna las dulces hadas,
dueñas del sueño, de las miradas
y de los labios que brotan mieles.

Hay invisibles, castos laureles
de tus cabellos, en las cascadas,
y miles de almas arrodilladas
culto de amores te rinden fieles.

Tu poderío mi mente agobia
y si contemplo tus galas bellas
sueño con diosas y con altares;

Que tú eres una tímida novia
que cruza un cielo lleno de estrellas
desparramando sus azahares.

GUSTAVO VALLEDOR SANCHEZ

FRINE

«—Oh dignos magistrados. Oíd. Voz injuriosa
contra Jove conspira.
No es de una virgen pura, ni de una honrada esposa,
ni de santa hetaíra.

Es voz de cortesana, de una mujer que infama;
que vierte en sus placeres
la mirra y el alóe para el mancebo que ama.
Y es indigna de Ceres.

Vosotros, del Areópago, severos magistrados
designadle su suerte.
Sus crímenes son públicos, y los ritos sagrados
la condenan á muerte!»

Tímida, más tranquila se muestra la culpable,
Friné la cortesana,
hermosa con sus labios de flor, y su admirable
perfil de soberana.

Hispérides famoso defiende su inocencia.
El, sabio entre los sabios
ama á Friné en secreto... Y brota la elocuencia
de sus divinos labios.

Habla de las calumnias que dejan siempre huella,
voces que al cielo gritan,

y que á Friné persiguen porque es amada y bella...
y los jueces meditan.

Y entonces, en un instante, digno de un Dios Heleno,
el peplo de la hermosa
alza, y la muestra á todos con su desnudo seno
como una joven diosa...

Y cual si apareciera la Venus de Citeres
en su inmortal grandeza,
los jueces se doblegan. Y triunfan los placeres,
la Gracia y la Belleza!

JUVENTUD

Oh juventud divina, tú eres un sueño de hadas!
tú eres la vara mágica de la ilusión primera,
bacante que te adornas de rosas perfumadas,
y llenas el ambiente de olor de Primavera.

En ti toman palabras y ritmo las miradas.
En ti el lenguaje es himno. La creación entera
canta en sublimes notas tus dichas no esperadas,
y la Verdad te mira con rostro de Quimera.

Aun tu dolor es bello, tu decepción poética;
lo que es más tarde angustia sólo es en ti tristeza...

Tú tienes como el vino dulzores y veneno
cuando una joven pasa como visión profética,
trayendo los ensueños de amor y de belleza,
y deja su perfume de virgen en tu seno.

POE

En su palacio de marfil indiano,
(es en los viejos días de Judea,) tristes canciones en el arpa hebrea
toca un poeta rey, un rey anciano.

El pueblo va á adorar al soberano
que nuevos ritmos decadentes crea,

y cuando vibra el arpa á cada idea
se oye un canto celeste y sobrehumano.

David murió, y en la Sión impía
ya la voz de los salmos se ha extinguido...
mas de esa extraña y muerta poesía

nació el alma de Poe... Y se han dormido
del Mississippi en la ribera fría
los dolorosos cantos del Ungido.



Pedro Antonio González

PEDRO ANTONIO GONZALEZ

Autor de un libro lírico «Ritmos» y de varios poemas: «El Toqui,» «El proscrito» (especie de autobiografía,) «La Razón y el Dogma,» «París y Roma.» Entre sus colecciones de versos aun inéditas, sobresalen «Nuevos ritmos» y «Asteroideas.» En el Almanaque Sud-Americano para 1897 escribía Marcial Cabrera Guerra, amigo íntimo del poeta: «Ha sido penosa su ascensión á las cimas del arte. No es que le faltaran bríos, ni que careciera de alas para llegar á la cumbre, sino que lo asfixiaba la atmósfera enrarecida y glacial que en esta tierra de Chile, más que en cualquiera otra de la patria americana, compenetra las regiones intelectuales. Modesto, retraído, casi huraño, buriló en el silencio de su mesa de trabajo sus versos armoniosos, que quedaban allí palpitantes, llenos de fuego, desbordantes de luz y de movimiento, pero condenados á monstruoso encierro... Fué en uno de esos efímeros centros literarios de mozos de quince años donde yo le conocí, y trabé con él esta larga amistad fraternal que nos une. Y abusando alegremente de ella, cometí el hurto de sus versos, los llevé á los diarios, y le traje el eco ruidoso de los aplausos con que fueron recibidos... El futuro autor de «Ritmos» se reveló entonces, en la amplitud de su genial característica: poeta de miras universales y altas, desdeñador de las fórmulas consagradas de la poesía rutinaria, buscador de rumbos nuevos hacia los horizontes luminosos que atraían su briosa fantasía.»

DANTESCA

I

¡Dante! ¡Legión inmensa!
¡Los millones de alfanjes de su acento
—que las divinas cóleras condensa,—
cruzan como relámpagos el viento!

¡Son fulgurantes hachas
forjadas en el Etna ó el Vesubio
bajo todas las rachas
de todos los ciclones del Diluvio!

¡Dante! Los viejos astros
que alumbran el misterio del planeta,
saludan desde su órbita los rastros
de su gran cabellera de cometa!

¡Sus versos se levantan
en soberbio derroche,
como águilas que rugen y que cantan
encima de la noche!

¡Clarines de Dios mismo,
sus versos iracundos
truenan sobre el abismo
allá en las soledades de los mundos!

II

¡Oh, la margen serena
de la límpida fuente de Castalia,
donde vierte la hiel de su honda pena
delante de los vértigos de Italia!

¡Oh, la «Selva sombría»
de la montaña verde
donde bajo la luz del claro día
como en un vasto Dédalo se pierde!

¡Oh, la mística yedra
que despliega su cúpula sin nombre!

¡Oh, la quietud de piedra
donde comienza Dios y acaba el hombre!

¡Oh, las mudas congojas!
¡Oh, los oscuros miasmas!

¡Oh, las espumas rojas
de los Monstruos Fantasmas!
¡Oh, la luz del idilio!
¡Oh, la luz con que alumbra
la antorcha de Virgilio
la fúnebre penumbra!

Es la luz de las raudas alas de oro
con que ensaya Beatriz su primer vuelo
sobre la inmensa tempestad del coro
de los solemnes órganos del cielo.

III

¡Dante! Ni las Sibilas—desde el Túscolo,—
ni los pálidos Druidas—desde el Elba,—
vieron brillar jamás el gran crepúsculo
del profundo horizonte de su Selva.

¡La inmensidad tranquila
de los soles dispersos
dibuja en el cristal de su pupila
miriadas de miriadas de Universos!

IV

Aléjase del limbo
de la enorme montaña.
Lleva la Primavera como nimbo.
Virgilio lo acompaña.
Los dos descienden solos,
de topacio en topacio,
debajo del misterio de los polos
del eje de zafiros del espacio.
Y cruzan pavorosos firmamentos
donde la sombra con la luz batalla,
en medio del silencio de los vientos
de una gran tempestad que rueda y calla.
Y dialogan y vuelan
por arcanos profundos
donde náufragos rielan
cadáveres de soles y de mundos.
Y ambos penetran luego
por la cárdena boca

de anchas lenguas de fuego
de una siniestra y formidable roca.

V

¡Oh los nueve gigantes caracoles
de la sangrienta pira
de la extraña columna de crisoles
que allá en los antros del Infierno gira!
¡Oh la espantosa base
del fulgurante electro
que á los «Abismos,» «Satanás» les hace
con sus alas fantásticas de espectro!
¡Oh, la lóbrega noche de su limen!
¡Oh, la ardiente mazmorra
donde el pálido crimen
su torpe infamia para siempre borra!
¡Oh, los inmensos focos!
¡Oh, los largos caminos!
¡Oh, los vértigos locos!
de los inacabables torbellinos!
¡Oh, las treguas y calmas
que invoca la blasfemia tras el ruego!
¡Oh, la eterna carrera de las almas
bajo el diluvio de un ciclón de fuego!
¡Oh, los negros afanes!
¡Oh, los profundos ayes subterráneos!
¡Oh, los rojos volcanes
que estallan bajo el arco de los cráneos!

VI

¡Dante! Su colosal deslumbramiento
carece de riberas:
sube de firmamento en firmamento,
de esferas en esferas:
sube de cataclismo en cataclismo,
y de escombros en escombros,
y de abismo en abismo,
y de asombro en asombro!
Su colosal deslumbramiento sube

más allá de los altos luminares
en alas de la nube
de una pena más honda que los mares.

VII

¡Oh, la voz del idilio!
¡Oh, la voz con que calma
el alma de Virgilio
la nostalgia recóndita de su alma!
¡Oh, los ósculos frescos
con que sobre la roca
de los lívidos antros gigantescos
besa el céfiro azul su frente loca!
¡Oh, los alegres giros
del espacio sonoro!
¡Oh, los claros zafiros
de las inmensas lejanías de oro!

VIII

Trepan los dos viajeros
á la cumbre de un monte,
por una gradería de luceros
que se pierde en el pálido horizonte.
Ascienden tras su blanco simulacro
las místicas escalas
bajo el silencio sacro
del gran recogimiento de sus alas.
Atraviesan la meta
del pórtico de nácar del Oriente.
Se alejan del planeta
con un arco de estrellas en la frente.

IX

¡Oh, los siete sublimes caracoles
de la brillante pira
que como una explosión de siete soles
en el cénit del «Purgatorio» gira!
¡Oh, los remordimientos
con que evocan la Tierra

los arrepentimientos
que abren las puertas que la culpa cierra!
¡Oh, los raudos Jordanes
con que apagan los ojos
el foco abrasador de los volcanes
que alimenta el dolor con sus abrojos!
¡Oh, las velas del barco
que boga en lontananza
bajo la luz del arco
del iris de la alianza!
¡Oh, los rítmicos vuelos
de las almas inquietas
hacia los siete cielos
de los siete planetas!
¡Oh, las estrepitosas avalanchas
de sus cándidas alas de paloma,
ya limpias de las manchas
de los cien tabernáculos de Roma!

X

Siguen los dos viajeros melancólicos
por el éter opaco;
cruzan los archipiélagos eólicos
de las constelaciones del zodiaco.
Vuelan como dos pálidos querubens,
al compás de dos cítaras sonoras,
sobre las blancas nubes,
y bajo dos magníficas auroras!
Las siluetas enormes
con que cubren su larga y ancha meta
parecen las dos alas uniformes
de un águila más grande que un cometa.

XI

¡Oh, la dulce ternura
con que al fin de su vuelo
se despiden los dos allá en la altura
ante el místico pórtico del cielo!
¡Oh, las inmensidades
sin órbita y sin polo

cuyas profundidades
cruza Virgilio, que se torna solo!

XII

¡Dante! Por sus oídos
pasa un viento sediento
cuajado de recuerdos y de olvidos
que flotan en la bruma de un ensueño.
Desciende columpiándose en sus ondas
al compás de una lira de alabastro,
un ángel de alas blondas
bajo el nimbo de un astro.
Es Beatriz. Es la amada virgen pálida
que él vió cruzar un día por el suelo
como la melancólica crisálida
del más hermoso querubín del cielo!

XIII

¡Oh, las siete armonías
de las siete parábolas iguales
que trazan—como siete pedrerías,—
los siete firmamentos colosales!
¡Oh, las cadencias de los siete vuelos
con que en las alas de Beatriz recorre
las siete escalas de los siete cielos
que se alzan en la luz como una torre.
¡Oh, la aurora que brota de los ortos
del ardiente incensario cristalino
que batan los arcángeles absortos
delante del gran «Triángulo» divino.
¡Oh, la constelación de los altares!
¡Oh, los órganos de oro!
¡Oh, la diáfana voz de los cantares
de las once mil vírgenes del coro!
¡Oh, los arrobamientos
con que asisten las almas eucarísticas
á los florecimientos
de las eternas primaveras místicas.

XIV

¡Dante! No existe nada más sublime
que la enorme grandeza
con que abrumba y oprime
el «Triángulo» divino su cabeza!
la Tierra con su espíritu recorre.
Ve sus montes mayúsculos
juntos no igualan la soberbia torre
de los siete crepúsculos!

XV

Le da Beatriz su bendición. Lo deja
al umbral de los siete paraísos,
y en medio de un relámpago se aleja,
desplegando sus alas y sus rizos.
Se pierde allá en la altura
de la atmósfera diáfana y sonora
en una esfumatura
de lágrimas de aurora!

XVI

El parte bajo el sol. Vuela sereno.
Arrastra sin desmayo
como escabel el trueno,
como dosel el rayo!
¡La eterna inmensidad donde se mueve
lo ciñe con los soles que él le arranca!
¡Sus alas son dos ampos de la nieve
que lleva Dios sobre su barba blanca!

LAS ONDINAS

I

La Luna á lo lejos se quiebra en la falda
tal cual una perla sobre una esmeralda.
Vestidas de espuma las castas ondinas
cantando abandonan sus grutas marinas.

Sus grutas marinas que argenta y que dora
la luz de una extraña, fantástica aurora.
Sus muros de nácar se envían reflejos
como rutilantes, bruñidos espejos.
Las estalactitas de sus columnalas
pregonan el triunfo de sus escarlatas.
Su musgo se hiende tal cual una alfombra
en que se desmayan la luz y la sombra.
Las castas ondinas modulan compases,
batiendo sus bucles de undívagos haces.
Su veste impregnada de rica ambrosía
deslumbra y arroba con su pedrería.
Parece que danzan al són de sus trovas
las trémulas algas, las trémulas ovas.
Las castas ondinas, dejando sus tálamos,
ensayan en coro sus mágicos cálamos.
Saludan en ellos á la Primavera
que espléndida gira por toda la esfera.
Sus trovas divinas van una tras una
como almas de alondras en pos de la Luna!...

II

¡Hossanna, oh rosada, gentil Primavera,
que en tu hálito traes la vida á los seres!
Tú cambias el éter en una pradera
con tus amarantos y tus rosiclères.

Por ti, bella reina de las estaciones,
delante del áurea y errática duna,
al lánguido ritmo de nuestras canciones
nos mecén los golfos en su media luna.

Por ti, allá en la aurora, por ti allá en la tarde,
la nube del bosque de sándalo y nópalo,
al fúlgido rayo del fuego con que arde,
nos orla con nimbos de púrpura y ópalo.

Tú esparces en torno, Viajera celeste,
las hebras de plata con que recamamos
los pliegues del alba y undívaga veste
que al céfiro alado por ti desplegamos.

Nosotras amamos los pálidos manes
de las caravanas que el piélago eterno
ve hundirse á los golpes de los huracanes
que contra su ruta desata el Invierno.

El lóbrego Invierno con sus tenebrarios
apaga los faros de los promontorios,
y todos los iris que allá en los estuarios
enciende el enjambre de los Infusorios.

El es el caudillo del agria cohorte
de las cataratas y los arrecifes.
El hunde en los antros las quillas sin norte
de los solitarios y errantes esquifes.

Nosotras al ritmo de lánguidas flautas
y sobre las alas de los huracanes,
llevamos los manes de todos los nautas
al mágico alcázar de los Ejipanes.

Su mágico alcázar se eleva en los flancos
de un terso y esbelto peñón submarino.
Lo alzaron en vagos crepúsculos blancos
los pólipos todos con su arte divino.

Sus altas columnas de rojos corales
se apoyan abajo sobre áureos cimientos.
Y arriba sustentan bruñidos cristales
que irradian los lampos de los firmamentos.

Su trono de amianto desplega doseles
de flámulas que arden cual los carmesíes;
y quiebra en el nácar de sus escabeles
el haz de sus perlas y de sus rubíes.

El haz de sus perlas esparce las huellas
con que ante las vetas que cuajan diamantes
argentan las blancas, lejanas estrellas
sus limpios Orientes allá en sus Levantes.

Y su haz de rubíes estalla y alumbra,
orlando al contacto de sus arboles

la trémula niebla, la vaga penumbra,
con ortos de Lunas y puestas de soles.

Los manes evocan allá en su beleño
la erótica virgen de eróticos opios
que tras de los prismas de su último ensueño
cruzó allá en la Tierra sus caleidoscopios.

Y plañen entonces las trágicas notas
de un desconocido y exótico canto
que se hunde en las vagas distancias remotas
dejando las hondas estelas del llanto!

III

¡Oh Tú, misterioso, divino Monarca de los Ejipanes
que todo lo puedes detrás de la noche del piélago lóbrego!
¡Escucha las voces que á un tiempo te alzamos los pálidos
[Manes]
que juntos regamos tu mágico alcázar con llanto salóbrego!

El brillo del nácar que en su amplio recinto tu alcázar
[encierra]
ni ahora ni nunca podrá con sus iris llegar á empañarnos
la imagen ardiente de la hospitalaria y erótica Tierra
que sobre las alas de todos los sueños acude á besarnos.

Las irradiaciones que trémulas brotan de la pedrería
que argenta la niebla de que tus vasallos formaron tu velo
no tienen el fuego del ósculo de oro con que el Mediodía
desposa á la Tierra con el luminoso Monarca del cielo.

¡Nosotros amamos la Tierra lejana! Su imagen ardiente
va en pos de nosotros como una inefable y alada quimera.
¡Va en pos de nosotros nimbada del alba del último Oriente
que hirió nuestros ojos al darle la santa mirada postrera!

¡Qué azul que fué el alba del último Oriente que al fin
[contemplamos]
El Sol—Rey de Reyes,—se irguió entre las nubes en medio
[del coro]

que unísono al éter, de pie en nuestra popa, nosotros le
[alzamos]
debajo del vasto diluvio de rosas de su ánfora de oro!

¡Qué azul que fué el alba del último Oriente que hirió la
[ribera!]
¡El mar parecía debajo del palio del Dios de la aurora
la enorme llanura, la selva sin linde, la inmensa pradera
de una gigantesca, multimatizada, fantástica flora!

Nosotros, cantando, tendimos al viento las velas latinas,
y el viento nos trajo los ritmos que á un tiempo las olas
[ensayan]
detrás de las rocas que en fila decoran como aras marinas
las playas remotas en donde la Luna y el Sol se desmayan.

Mas, ¡ay! De improviso se hicieron las sombras allá en el
[Ocaso.]
Graznaron los roncros y lóbregos cuervos allá en lontananza.
Y atónitos vimos rodar hecho astillas—pedazo á pedazo,—
el árbol divino de nuestra florida, suprema esperanza.

Y náufragos todos en las soledades sin luz ni equilibrio
del piélago insano que alzaba y hundía sus montes de es-
[puma,]
también fuimos todos el desventurado, salvaje ludibrio
del rayo y el trueno, la sirte y el Bóreas, el agua y la
[bruma.]

Y vimos entonces flotar nuestros cuerpos—ya todos sin
[vida.—]
Los cuerpos que un tiempo ligó á nuestros Manes un ínti-
[mo lazo.]
Los cuerpos que un tiempo colmó de deleites la virgen
[querida]
que á solas nos daba detrás del misterio su cálido abrazo.

Las castas Ondinas, ¡oh excelso Monarca de los Ejiptanos!
al fin se apiadaron de nuestra nefasta, misérrima suerte.
Y nos condujeron á tu ínclito alcázar en los huracanes,
cruzando el sendero que bajo la noche transita la muerte.

Las castas Ondinas, ¡oh excelso Monarca del mar cris-
[talino,]
son dignas princesas de tu ínclito alcázar! ¡Hossanna por
[ellas!]
¡Parece que fueran las cándidas hijas de un genio divino,
ó de las espumas, ó de las auroras, ó de las estrellas!

Mas, ¡ay! No podemos nosotros amarlas porque ellas son
[seres]
que se desvanecen cuando uno las palpa, cuando uno las
[toca.]
No tienen el fuego del beso vibrante que dan las mujeres
que ponen la gloria de todas las mieles en su húmeda boca.

¡Al fin á la Tierra devuélvenos pronto, sublime Monarca!
¡La virgen amada ya espera y aguarda tal vez pensativa
el dulce retorno de nuestra soberbia y espléndida barca
al puerto lejano de nuestra adorada ribera nativa!

¡La virgen amada! ¡Las castas Ondinas nos traigan sus
[cálamos!]
Y te cantaremos en tu ínclito alcázar las mágicas trovas
de los paraísos que sobre la Tierra y allá en nuestros tá-
[lamos]
florece al beso que turba el silencio de nuestras alcobas!

¡La virgen amada! ¡La vista se embriaga, la vista se
[embebe]
cuando uno contempla—detrás del misterio fantástico y
[mudo,—]
las tintas de rosa que bañan apenas la ebúrnicá nieve
con que resplandece su busto estatuario, su cuerpo desnudo!

Nosotros amamos sus formas mortales, sus formas te-
[rrenas.]
Su solo contacto nos ritma los nervios como una caricia.
Su solo contacto como una caricia nos ritma las venas.
¡Y cual su contacto no existe en tu alcázar ninguna delicia!

T U

¡Virgen núbil! Tu talle
es gentil como el lirio del valle

donde bate la niebla su undívago tul.
Tus cabellos son rubios
como el alba que impregna de efluvios
los lejanos paisajes del éter azul.

Tu pupila, á lo lejos,
desparrama los dulces reflejos
con que argenta la Luna la noche estival.
Tu mejilla escultúrea
desparrama la tinta purpúrea
de los besos del sol á la nube auroral.

Tu garganta gorjea
con el són de la cítara hebrea
que alborozaba los coros de Sión con su voz.
Tu garganta suspira
con el són de la mística lira
del hossanna celeste del ángel á Dios.

Tu alma ardiente y absorta
arrebata y embriaga y transporta
con su esencia de rosa, jazmín y azahar.
Bajo el sol no la iguala
ni la cándida nieve del ala
con que riza la espuma la garza polar.

¡Virgen núbil! Tú sueñas
con fugaces visiones risueñas
que destilan su miel en tu espíritu en flor.
Coronada de un astro
vas en pos del sitial de alabastro
que en su regio palacio te brinda el amor!

LA TRINITARIA

La pálida Trinitaria
turbada y trémula gira
en su celda solitaria
á la luz crepuscularia
de la tarde que ya expira.
Ve su lecho de madera
en un ángulo sombrío.

Ve que tras la luz postrera,
él en la noche la espera
siempre mudo, siempre frío!

Y se queda pensativa
ante Lirio, que ya sube,
ante Lirio que allá arriba
como una lágrima viva
titila tras de una nube!

Piensa que ella fué una palma
más esbelta que ninguna.
Piensa que ella soñó en calma
unir su alma con otra alma,
como dos rayos de luna.

Piensa que oyó entre las frondas
el «Cantar de los Cantares,»
mientras el aura en sus ondas
bañaba sus hebras blondas
con un fresco olor de azahares.

Unos bárbaros sayones
la victimaron con dolo.
¡Si ella, bajo sus crespones,
tuviera cien corazones
para maldecirlos solo!

Se esfumó como quimera
su esperanza dulce y cara.
Alzóse allá en la pradera
de su ardiente Primavera,
en vez del tálamo, el ara!
Su mente vaga insegura
como la ola que en vano
se detiene y se apresura
para oír la voz obscura
del alma del oceano.

Su mente de virgen sueña
una visión que la hiere.
Su cabellera sedeña
flota como extraña enseña
bajo la tarde que muere.

Abraza sus garzos ojos
la llama que en ellos arde.
En vano cae de hinojos
poniendo en sus labios rojos

el «Angelus» de la tarde.

El «Angelus» se resiste
á musitar en su boca
que ante un Cristo mudo y triste
contra Dios y cuanto existe
lanza una blasfemia loca.

Ella ante Dios no responde
de la injuria que le arranca
el hondo infierno que esconde.
¡Que su alma Dios mismo sonde
y El verá que su alma es blanca!

Su errático pensamiento
melancólico se asoma
hacia un mundo soñoliento
que esparce no sé qué acento,
que esparce no sé qué aroma.

La brisa de alas veloces,
meciendo sus blondos rizos,
le habla con lánguidas voces
de desconocidos goces
é ignorados paraísos.

No hay en el claustro una cosa
que el pecho no le taladre.
¡Es su sueño de oro y rosa
acostarse siendo esposa,
levantarse siendo madre!



MARCIAL CABRERA GUERRA

FUGITIVA

I

Mal que pese á tu suerte, querubín coquetuelo,
al cruzar por mi páramo te he atrapado en tu vuelo
y cautiva de un día en mi cárcel serás;
porque así te deseaba ¡oh mujer sensitiva!
tan fugaz como ardiente, tan gentil como esquiva,
que risueña te brindas y al punto te vas.

II

Porque así tú me traes el querer que yo quiero:
la pasión violentísima, no el amor majadero
que ni enciende la sangre ni enloquece la sién.
Todo fuego y relámpago. Hoy ardor, después frío.
¡Ay! si llega el bostezo del spleen y el hastío
y aparece el arcángel á cercar el Edén.

III

Para amarnos un rato en la dulce mentira
que tus nervios se afinen como cuerdas de lira,
que se espasme tu espíritu en el goce mayor.
Y que no haya ni mundo, ni deber, ni mañana,
cuando pongas—cual nunca virginal y mundana,—
en mis labios tu beso y en mi pecho tu amor!

IMPRECISA

Me has impuesto silencio con el dedo en el labio,
y aquí estoy vacilante sin saber con qué agravio
rocé ayer inconsciente tu pudor juvenil,
siendo, anigá, ya el tiempo de que labres tu ensueño
y que sienta tu carne el sabroso y zahereño
saetazo de Eros y su filtro sutil.

¿Por qué, entonces, primero tu soñar no me abriste
para ver si, en lo íntimo, es alegre ó es triste
el hechizo atrayente que se irradiá en tu sér,
y que tiene á mis ojos suavidad de paloma,
y en el cual yo presiento la purezà de aroma
de un capullo, de un brote, de un botón de mujer!

Yo bien sé que en tu espíritu vibran núbiles ansias,
que conservas intactas las radiosas fragancias
de tu alegre y sonriente juventud virginal;
mas temí que faltase para tu ansia secreta
el intérprete amable, el artista ó poeta
que traduzca en su pauta tu odisea triunfal!

Mas si nada te falta; si ya tu alma concerta
con otra alma gemela, sensitiva y despierta,
el acorde dulcísimo del preludio de amor,
no consiento que turben el unisono hermoso,
con su llanto la queja ni con su ¡ay! el sollozo
y á beber los condeno de su propio amargor!



Samuel A. Lillo

SAMUEL A. LILLO

Ha publicado «Poesías» 1900; «Antes y hoy» poema, 1905 y en 1908 «Canciones de Arauco.» «Samuel A. Lillo es en la exigua caravana artística de hoy el poeta que aparece con una más definida personalidad; su silueta literaria tiene rasgos acabados, mejor dicho, definitivos. En esta larga busca de la personalidad, puede decirse que Lillo se ha encontrado á sí mismo, ha recorrido su senda, y es por eso que su visión poética aparece ante nosotros libre de vacilaciones y de tanteos. En medio de la febril inquietud que sacude el espíritu de nuestros artistas, en medio de esa insólita exaltación que los sacude intensamente, dando lugar en su obra á bruscas transiciones, Lillo aparece como un sereno artífice que, sin desasosiegos ni inquietudes, esculpe en el acabado molde de sus estrofas la serena visión que tiene de la vida.» Así juzgaba su personalidad de poeta Rafael Maluenda, uno de los más aventajados escritores jóvenes de Chile.

EL ARPONERO

Cual fieras en acecho, cautelosos
se acercaron los barcos
movidos por remeros vigorosos;
y poco á poco fueron estrechando
el cerco y avanzó primero
la barca que llevaba el Arponero.

Iba el mozo de pie sobre la prora
en la diestra un arpón, y en la cintura,
un hacha brilladora;

un semidiós de bronce parecía
su cuerpo de viril musculatura
forjado al yunque de combates cruentos
con los monstruos, las olas y los vientos,
las bandas de las rápidas toninas
que atraviesan, rodando
como discos de plata, las marinas
ondas, y los fornidos cachalotes
que apartan de su rumbo las neblinas,
conocían su arrojo y su pujanza,
los formidables botes
de su arpón y su lanza.

Inmóvil, la ballena entre la bruma
semejaba un peñón de negra cima
que el mar bañaba con su blanca espuma.
De pronto, resoplando,
arrojó dos violentos surtidores,
dos caños espumosos que subieron
para caer, después de breve instante,
trocados en dos arcos de colores,
sobre el enorme torso del gigante.

Y la barca atrevida
se acercó lentamente,
quietos, quedaron todos, aguardando
la recia acometida.
Un pie puso en la borda el Arponero
y echándose hacia atrás, con la cabeza
erguida y con los ojos
de halcón de mar clavados en su presa,
como si fuera un medioeval guerrero
que arrojara un venablo,
su brazo poderoso
lanzó el hierro fatal contra el coloso.

Fué el golpe tan seguro
que se clavó el arpón sobre el costado
como queda la estaca sobre el muro.
Al sentirse tocado,
dió el bruto en la explosión de su coraje
un salto formidable de repente,

como el potro salvaje
que el acicate en los ijares siente.
Giró sobre sí mismo,
buscando al enemigo que lo hería;
se detuvo, y de súbito,
presa de un espantoso paroxismo,
replegó sus aletas temblorosas
y se hundió resoplando en el abismo.

La cuerda del arpón se desenvuelve,
siguiéndolo en su marcha hacia la hondura;
y el Arponero con el hacha en lo alto,
sereno, pero pálido el semblante,
fija la vista abajo,
aguarda por segundos el instante
en que la cuerda dé su última vuelta
para cortarla al fin de un solo tajo.

¡Qué suspiro de alivio
dejaron escapar los pescadores
cuando vieron que el monstruo ya subía,
arrojando los blancos surtidores
que brillaban al sol del mediodía!

La cuerda púsose otra vez tirante
y, arrastrando con él al barquichuelo,
el cetáceo lanzóse hacia adelante.
Empezó entonces una veloz carrera
tan fantástica y rara,
que el barco, resbalando, parecía
sobre el mar agitado,
el carro de Neptuno que arrastrara
un caballo marino desbocado.

Recogidos los remos, los remeros
apoyados en ellos, contemplaban
la carrera sin fin de la ballena,
luchando entre esperanzas y temores,
como un grupo de recios gladiadores
que fueran conducidos á la arena.

Así pasaron una y otra hora

sin que el monstruo cejara ni un momento;
en tanto que allá atrás las otras barcas
quedábanse perdidas
con su velamen desplegado al viento.

De improviso, el cetáceo se detuvo
al fin de su larguísima carrera,
y, arrollando la cuerda, lentamente,
en silencio avanzó la ballenera.
El hombre del timón y solamente
dos fornidos remeros se quedaron
para evitar los saltos del coloso;
iba á empezar la épica tarea;
el arponero y los demás tomaron
las afiladas lanzas de pelea.

Al primer golpe del agudo acero,
agitóse la bestia enfurecida,
batiendo el mar en torno
al sentir el dolor de la honda herida.
A cada choque de su enhiesta cola
alzábase una ola
que en montañas de espuma se rompía,
hirvientes torbellinos
reventaban en torno de la barca.
Parecía un combate sobrehumano
de dos monstruos marinos
que subían del fondo del oceano.

Cuatro dardos clavados
lleva el cetáceo, y cuatro rojas fuentes
bajan por sus costados,
enrojeciendo el mar con sus corrientes.

Resuelto el arponero
á dar fin á la lid, se precipita
al vórtice rugiente en que ya ciega
la bestia de ira y de dolor se agita.
Y, maniobrando osadamente, llega
casi á tocar con la barquilla el lomo
que, á intervalos, se pierde en el sudario
de espuma que lo baña,

y en el sitio buscando, hunde con saña
su lanza el arponero temerario.

A la voz del piloto,
como nave que evita una rompiente,
la barca retrocede de repente.
Dóblanse sobre el remo los remeros
y el vigor de sus brazos
casi libres los lleva;
mas luego un coletazo formidable,
como un débil cristal, rota en pedazos
á la chalupa por el aire eleva.

Entretanto el cetáceo moribundo,
destrozados sus órganos vitales,
en las ansias mortales
que acusan los postreros estertores,
como una tromba, lanza hacia lo alto
gruesa columna roja,
y los pálidos rostros de los náufragos
con el diluvio de su sangre moja.

Al arribar los barcos rezagados,
recogieron los náufragos cansados
de la lucha: faltaba el arponero.
Su cuerpo como incógnito viajero
bajaba por la hondura
y en adusta figura
ya muda, inofensiva,
cruzaba en paz entre las mismas bandas
que él persiguiera con su arpón arriba.

El sol ya descendía
en medio de un incendio llameante,
y sobre el mar la sangre se extendía
como un manto de púrpura flotante.
Y en la azul lontananza,
el coloso tumbado
con las negras aletas hacia lo alto,
aparecía inmóvil, sin aliento,
como el casco de un barco abandonado
á merced de las olas y del viento.

LAS ALMAS DE LOS NIÑOS

Son las almas de los niños arroyuelos que suspiran por la luz en la espesura: unos hallan, cuán dichosos, el sendero que los lleva á ver el sol en la llanura. Las bandadas de las aves luego acuden á beber en el cristal de su onda pura, y al impulso de su riego, las campiñas se levantan en oleadas de verdura.

Pero hay otros, desdichados, que prosiguen en la sombra de la selva su carrera, y sin rumbo, se desvían y se encharcan en las breñas, sin llegar á la pradera. Otras veces en la noche que los cubre, sin ver nunca ni una flor en su ribera, infecundos, silenciosos, se sumergen en la grieta que á su paso los espera.

LA TUMBA DEL MARINO

Dejaron su cuerpo en la borde del puente envuelto en un lienzo, desnuda la frente; un viejo marino dobló la rodilla y alzó una plegaria muy tierna y sencilla; un trozo de hierro á un extremo le ataron y el fardo á las olas hambrientas echaron; saltó con el golpe la pálida espuma y como una lluvia perdióse en la bruma, y en tanto que el barco seguía hacia el puerto bajaba al abismo lentamente el muerto. Su lecho es el fondo del límpido oceano el mar de quien siempre fué amigo y hermano: allí do el abismo sus ondas dilata su frente acarician los peces de plata, y yace callado, tendido en la hondura con los ojos fijos mirando á la altura y ve á sus antiguos fieles compañeros pasar en sus caros y raudos veleros que cruzan, llevados del viento que zumba, como aves enormes por sobre su tumba.

MANUEL POBLETE GARIN

Verdadero y hondo estudio; realidad, belleza y originalidad suma, revela en todas sus composiciones, Poblete Garin. Cuadros realistas, engalanados con lo pulido y bello de la frase: maneja el castellano con soltura y precisión, modelando sus conceptos, á medida de la inspiración que guía su pluma.

EL GRAN SECRETO

Tendido sobre el mármol, y como el mármol frío, estaba allí el cadáver ya para siempre inerte: y el calor, y la vida, y el generoso brío, extintos por el soplo de hielo de la muerte. Llegó el anatomista, y al descorrer el velo, mostrándolo de súbito espléndido y desnudo la luz, al inundarlo con vívidos raudales, hizo en la lira humana vibrar el himno mudo que canta la belleza con ritmos inmortales.

*

Buscaba sin sosiego el sabio anatomista las fuentes del secreto raudal de la existencia. Quimera seductora, flotando ante su vista, le ofrecía el elixir de perdurable esencia que por siempre fijara las vivas armonías y renovara el ímito lozano de Juvencia. De la muerte sondeaba el formidable arcano. Buscaba las potentes y ocultas energías que el destello arrancaran, tocando de concierto